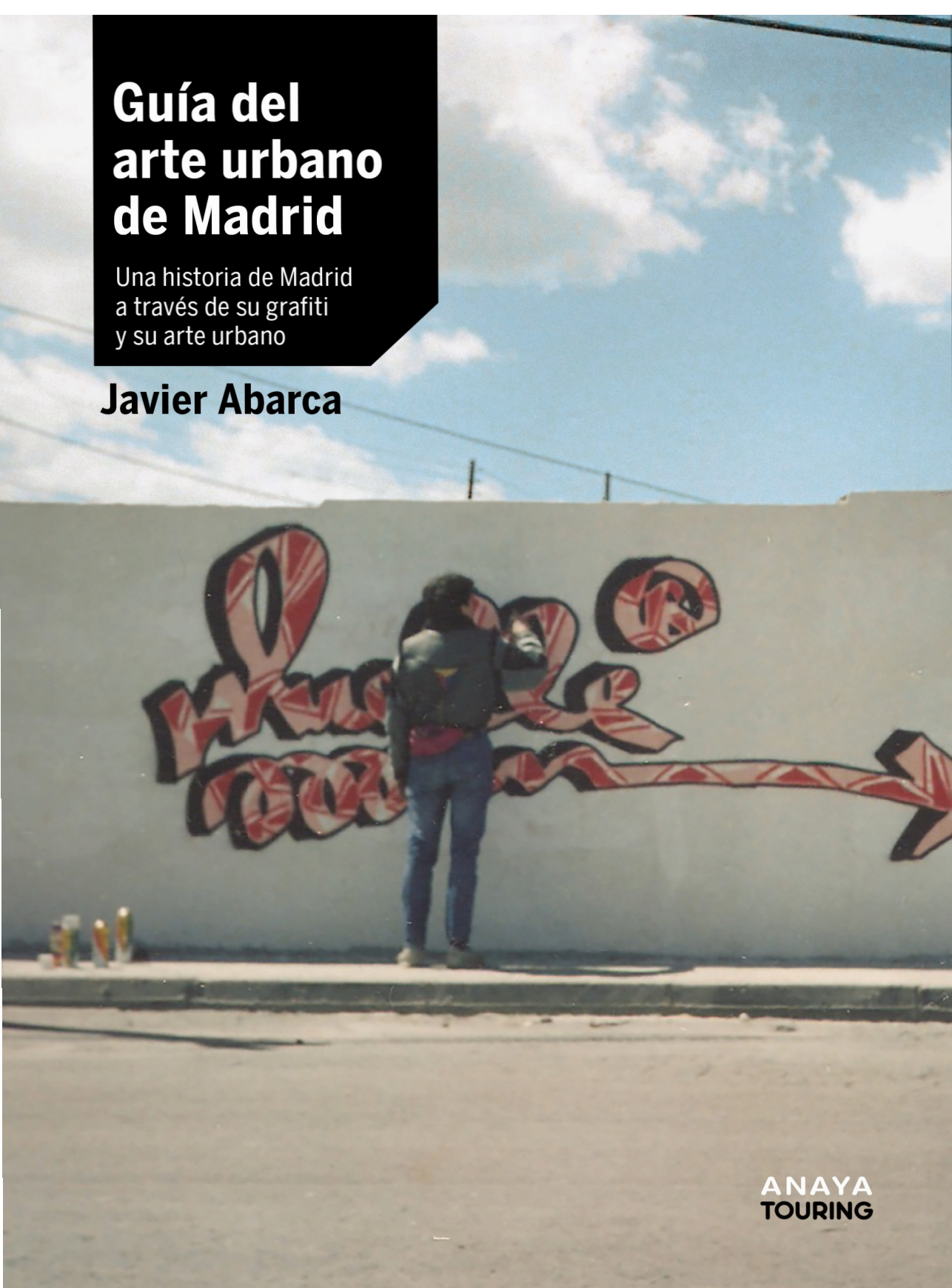


Guía del arte urbano de Madrid

Una historia de Madrid
a través de su grafiti
y su arte urbano

Javier Abarca



**ANAYA
TOURING**

Guía del arte urbano de Madrid

Una historia de Madrid
a través de su grafiti
y su arte urbano

Javier Abarca

**ANAYA
TOURING**





El grafiti es aquello que
hace que la ciudad sea más
interesante que el grafiti.

Mathieu Tremblin

ÍNDICE

MADRID, UNA HISTORIA LLENA DE SORPRESAS

Las Pinturas Negras de Goya	14
El escándalo de José Estruch	14
Regicidios y un grafiti en el Retiro	16
El grafito paleolítico de las carreteras	17
El gran espectáculo de la Gran Vía	20

GUERRA Y DICTADURA EN LOS MUROS DE MADRID

La primera guerra de la comunicación	26
Carteles callejeros en el Madrid sitiado	27
Grandes pinturas de propaganda	36
Las pintadas de la transición	37
¡Viva la Universidad libre!	40

TRANSICIÓN, MURALES Y CONTRACULTURA

Entre el activismo y el Rollo	44
Los murales de Portugalete	48
Macu Vicente y Santi Ochoa	50

EL MADRID DE LOS TRAMPANTOJOS

Trampa para el ojo	56
Tierno Galván y Alberto Corazón en Puerta Cerrada	56
La Movida en una medianera del Rastro	59
Pirrongelli, el decorador oficial de Madrid	61

MUELLE, EL GRAFITERO ORIGINAL

El tirabuzón omnipresente	66
Grande y a color, el sello de la casa	70
Una leyenda urbana madrileña	72
El valor de una marca	76
El legado de Muelle	78

LAS FIRMAS CASTIZAS DE LOS FLECHEROS

Grafiti de barrio	86
Juanmanuel y las carreteras	89
Bleck la Rata, carisma macarra	91
Firmas y flechas en los carteles del metro	93
Rafita, el rey de los carteles	97
Flecheros contra raperos	100
Engánchate a la vida	101
Mi firma en las paredes	102
Ocaso del grafiti autóctono	103

MADRID Y EL GRAFITI AMERICANO

El nuevo grafiti llega a Madrid	108
Alcorcón y Móstoles, la cuna del hiphop	111
Azca, el epicentro del nuevo grafiti	115
El Terreno del Ramiro de Maeztu	118
Noveltys, Duplis y Kanforts	120
Pintando trenes en Madrid	122
La ilegal, vendiendo sprays en un piso	129
La cochera de Empalme y los flecheros	130

EL GRAFITI TOMA LA CAPITAL

Pateando la ciudad	136
Cierres metálicos: puro Madrid	142
Herramientas del crimen	144
La M-30, diversión sin fin	147
Arte en los túneles	150
Territorios del grafiti en Madrid	154
En plena calle y a todo color	158

LA EXPLOSIÓN DEL ARTE URBANO

Mirando atrás en la historia de Madrid	162
Los años dorados del arte furtivo	164

ESTRATEGIAS DEL ARTE FURTIVO

Iconos, del grafiti al arte urbano	168
El misterio de Dr. Hofmann	168
Stencils, arte y política	172
Pegatinas, paste-ups y pértigas	175
Contrapublicidad y los mupis de Neko	179
Los cristales rascados de Borondo	180
Pura pintura callejera	182
Neorrabioso, un poeta en la calle	184

LAVAPIÉS, EL EPICENTRO

Lavapiés era una jungla	188
La Tabacalera de Lavapiés	190
El Keller: agitando el arte urbano	194
Esta Es Una Plaza, el jardín de Lavapiés	195
Un Campo de Cebada en un solar	197
Tu street art me sube el alquiler	199

MALASAÑA, MUCHA CALLE

En el corazón del Madrid callejero	204
El Patio Maravillas, cambiando el barrio	206
La vanguardia de Noviciado 9	210
Los experimentos de 3ttman	213
La guerra de los cierres	215

DE LAS FIRMAS A LAS FACHADAS

Odio y amor en la calle	220
Gentrificación no es un nombre de señora	223
De las jams a las grúas	225
La era de las fachadas	227
Buen rollo y desastres	231

DE LA CALLE A LA COLECCIÓN

Spray sobre lienzo	236
La década de las muestras	237
Galerías y subastas	241
El triunfo del arte amable	242
Colonizando Carabanchel	244

LEYENDAS DE MADRID

Una historia hecha de muchas	248
Eltono, folklore urbano	250
Suso33, superhéroe de barrio	257
SpY, el gigante de Madrid	268

Epílogo	279
---------	-----

UNA HISTORIA QUE HABÍA QUE CONTAR

← Pintura furtiva de
Eltono en Lavapiés, 2019.

El grafiti y demás formas de arte furtivo en la calle tienen décadas de historia y han dado lugar a muchos libros. Esta publicación es especial porque recorre y explica con detalle toda esa historia en forma de relatos divertidos. Es la historia de Madrid, pero también la de un fenómeno internacional que ha tenido a esta ciudad como protagonista en más de un episodio.

El arte urbano era en principio furtivo, pero el término acabó usándose también para referirse a murales y exposiciones. Este libro aclara esa evolución y descubre capítulos extrañamente parecidos que tuvieron lugar en el Madrid de otras épocas. En sus páginas se esconden sorpresas que obligan a revisar ideas establecidas acerca del arte urbano.

Pero el protagonista de este libro es el grafiti, y también el arte urbano furtivo que surgió de él: un legado cultural que en Madrid se remonta a los ochenta y cuyo verdadero valor solo ahora se comienza a comprender. Mientras la fiebre de los murales y las exposiciones sigue su curso, es el momento de sacar a la luz las cualidades que hicieron interesante el arte furtivo.

Las páginas de este libro repasan la historia y ordenan sus episodios, pero sobre todo proporcionan las claves para disfrutar el arte de calle en sus propios términos. Aspectos subculturales, sociales, históricos y geográficos que se entretajan alrededor de estas formas de arte, les sirven de inspiración y les dan sentido.

Bienvenido a la historia menos contada de las calles de Madrid.

Javier Abarca



TRANSICIÓN, MURALES Y CONTRACULTURA

↑ Artistas pintando un mural contra los últimos fusilamientos de la dictadura en un barrio madrileño a finales de los setenta. Sobre la escalera, Amelia, de La Familia Lavapiés.

Los últimos setenta y los primeros ochenta fueron en Madrid los años de los murales populares. Las asociaciones de vecinos salían a la calle con pancartas y pintaban sus reivindicaciones en las paredes con colores y dibujos. El primer impulso surgió de varios grupos de artistas de vanguardia que asumieron el riesgo de pintar murales de tinte político en un Madrid aún lleno de censura.

Las pintadas contraculturales de punkis y bohemios formaron también parte del nuevo paisaje del Madrid posfranquista. En los ochenta el Ayuntamiento socialista relajaba el control de las calles y la idea de pintar las paredes se normalizó. El caldo de cultivo estaba preparado para la aparición del fenómeno del grafiti, tal y como lo conocemos en la actualidad, al final de la década.

ENTRE EL ACTIVISMO Y EL ROLLO

El Madrid de los setenta era muy diferente del actual. Tras dos intensas décadas de éxodo rural, la población había aumentado de forma exponencial. Los nuevos madrileños se instalaban en masa en el extrarradio. Muchos construían pequeñas viviendas, sin permiso y con sus propias manos, en calles sin asfaltar, sin alcantarillado, luz ni agua, y sin colegios, ambulatorios o transporte público. Otros compraban pisos en barrios colmena levantados deprisa con materiales baratos en medio de barrizales.

Este es el conocido escenario del cine quinquini, pero lo era también del Madrid de las luchas obreras y el activismo popular. Las asociaciones de vecinos, que reclamaban la dignificación de la vida en los barrios, fueron el principal catalizador de este activismo. Miles de madrileños se hacían conscientes de su poder colectivo y tomaban la iniciativa para construir su ciudad desde abajo.

Los murales populares fueron un aspecto muy visible de este movimiento. Pintados casi siempre por los propios vecinos, aparecían por todo Madrid, sobre todo en los barrios obreros. Los murales eran una herramienta de reivindicación para asociaciones barriales y otros colectivos, pero también creaban lazos y colocaban el cambio social en medio del escenario urbano.

Los artistas intervienen

A mediados de los setenta la idea de un mural reivindicativo era aún imposible, y fueron los artistas quienes rompieron el silencio. La primera iniciativa sonada en el país tuvo lugar en el barrio de Portugalete, en el noreste de Madrid, cuando un grupo de artistas acudió a pintar varios murales con ayuda de los vecinos. La movilización logró detener un amenazador plan urbanístico y se convirtió en un hito de las luchas sociales.

Muchos colectivos de artistas se implicaron en la militancia de barrio y los murales. Algunos, como La Familia Lavapiés, pertenecían a la izquierda más radical. El colectivo estaba vinculado con la Unión Popular de Artistas, la organización que convocó la gran huelga de artistas de 1975. La UPA era a su vez parte del grupo terrorista FRAP, tres de cuyos miembros fueron fusilados ese año en las últimas ejecuciones de la dictadura.

Con el avance de la transición, los vecinos hicieron suyos los murales. Aparecían nuevas voces, entre ellas grupos antinucleares, anti-OTAN, sindicatos, huelguistas, radios piratas y colegios. La frase que mejor puede ilustrar esos años es «El barrio es nuestro», que coronaba el mural pintado en 1976 por el colectivo El Cubri y los vecinos de Portugalete.

Nuevas generaciones

El arranque de la transición marcó también la entrada en escena de una nueva generación de jóvenes de izquierdas, concienciados políticamente como sus hermanos mayores, pero más bohemios y hedonistas. Esta generación, que apenas había vivido la dictadura, se refería a su ambiente como «el Rollo», una mezcla de *rock* del momento, porros y tripis, cómics *underground* y revistas musicales. El Rollo adoptó con naturalidad la pintada, como muestra la cubierta del histórico disco *¡Viva el Rollo!* de 1975.

La época del Rollo fue breve, y dio lugar al final de la década a la sonada Movida madrileña. Las melenas y barbas en tranquilos cafés daban el relevo a los pelos de colores en bares de copas, que aparecían como setas para satisfacer la sed de excesos de una generación ya muy ajena a la política. Como en todo ambiente punk, las pintadas estaban presentes. La Movida tuvo incluso su grafiti mítico: el nombre del grupo Kaka de Luxe escrito con spray que sobrevivió casi diez años en plena Plaza de Santo Domingo.



Pintadas contraculturales

Los nuevos jóvenes cambiaron el tono de las pintadas madrileñas. Junto a los mensajes políticos aparecían otros cómicos, irónicos y surrealistas. Uno habitual era el que transformaba el «F/N» del partido ultraderechista Fuerza Nueva en un divertido «Fanta Naranja». Pero el mensaje cómico popular por excelencia de la historia callejera de Madrid apareció en los vagones del metro, en cientos de ellos, y durante años.

En la puerta, un pequeño letrero oficial decía: «En beneficio de todos, entren y salgan rápidamente. No obstruyan las puertas». La compañía del metro debió de lamentar no haber reproducido las letras con una técnica más resistente: raspan-

do parte de ellas, el letrero se transformaba en un grosero mensaje que todo madrileño de cierta edad recuerda sin duda. La proverbial broma inspiró una camiseta del diseñador Óscar Mariné, que dio lugar a su vez al clásico disco *En beneficio de todos* de Siniestro Total.

La costumbre popular de corregir el letrero se remontaba al menos a los setenta y fue común en los ochenta, para desaparecer después con la modernización de la flota del metro. Pero hay otro clásico de la intervención popular colectiva que aún se encuentra en algunos ascensores de Madrid. Es el que transforma el «No se acerquen a la entrada. Impidan que los niños viajen solos» en un «Cerquen la entrada. Pidan que los niños viajen solos».

Muelle®
Voom



MUELLE, EL GRAFITERO ORIGINAL

↑ Muelle posando en una parada de autobús junto a su firma.

Al arrancar los ochenta, las pintadas políticas y los murales populares eran comunes en Madrid, pero la mayoría de las paredes estaban vacías. Las firmas en las calles eran aún desconocidas, y barrios enteros tenían casi el mismo aspecto que décadas atrás.

En medio de ese silencio apareció de pronto Muelle, un mensaje solitario que se repetía por toda la ciudad con tal insistencia que dio forma por sí solo a la idea de grafiti en el imaginario de varias generaciones de madrileños. Muelle fue el gran grafitero del Madrid de los ochenta, y su revolucionario ejemplo dio lugar a toda una tradición artística local. Hoy es valorado como una leyenda cultural de la capital y el Ayuntamiento ha dedicado una plaza a su nombre.

EL TIRABUZÓN OMNIPRESENTE

Juan Carlos Argüello nació en 1965 en una familia obrera de Campamento, al oeste de la capital. Con doce años escribía su mote de barrio, Muelle, en los pupitres y en su portal, y a los catorce ensayaba su firma en montones de papeles. Por entonces comenzó a firmar por los alrededores de su casa con letras sencillas y sin estilizar.

Fan de Dead Kennedys y Ranxerox, Muelle era un punki de barrio, tocaba la batería y formó con varios amigos el grupo Salida de Emergencia. En 1980 y 1981 grupos madrileños de pop y punk como Gigante o Decadencia se promocionaban escribiendo sus nombres en la calle o el metro. Siguiendo un impulso parecido, Muelle y el guitarrista de su grupo bajaron a los andenes. Mientras uno escribía «Salida de Emergencia», el otro dejaba su firma.

Un punki descubre el grafiti

Después de un tiempo firmando por el barrio, Muelle se aficionó a ver su nombre: «era como un juego, me hice popular y me gustó». Durante el servicio militar, destinado en Puerta del Ángel, comenzó a tomarse en serio su práctica. En 1983 ya había incorporado a su firma el símbolo de marca registrada y poco después la completó añadiendo el tirabuzón. Para entonces tenía Campamento copado y era vista habitual por el centro y otros puntos de Madrid.

Las firmas de Muelle aparecían donde tenían que hacerlo. El artista demostró una sensibilidad especial para estar presente sin saturar, espaciando las firmas y ubicándolas en lugares irremediablemente visibles. En sus primeros años de actividad por toda la ciudad se dedicó especialmente a las firmas con rotulador sobre carteles publicitarios de los andenes del metro. Cubría las líneas de forma sistemática y convirtió el metro por unos años en su soporte insignia.

A partir de 1987 Muelle intensificó su campaña y dejó algunas firmas en lugares prominentes y simbólicos. Ese año firmó la estatua del Oso y el Madroño, y al siguiente aprovechó la restauración de la Cibeles para firmar alrededor de las lonas que la cubrían. Estaba presente en cada barrio y cada pueblo periférico gracias a su vespino, con la que transportaba la pintura y a menudo también una escalera.

Con la moto hacía trayectos de varios días hasta Galicia o hasta Andorra e iba dejando algunas firmas por el camino. Su nombre tuvo presencia en varios puntos de España y llegó a aparecer en Londres y Nueva York.

La ética callejera de Muelle

Al principio Muelle escribía por todas partes, incluso firmó obsesivamente con rotulador los antiguos vagones azules de la línea 10. Cuando se tomó su trabajo más en serio su actitud cambió, y el recuerdo que ha quedado de él es el de un grafitero que firmaba tratando de molestar lo menos posible. Muelle quería que su nombre fuera «un elemento decorativo que no genere un gasto».

Escogía sobre todo vallas temporales de obra, paredes abandonadas o muros ciegos, fiel a lo que *El País* definió como su «ética callejera». Los carteles del metro fueron su soporte ideal, al tiempo muy visibles y poco comprometidos. Eran efímeros, y ocuparlos solo causaba daño a las empresas publicitarias. Firmar sobre ellos era además una forma de hacer frente a la creciente publicidad.

El documental *Mi firma en las paredes* recoge el código ético de Muelle de boca del propio artista: «No se puede pintar en cualquier sitio. No puedes pintar los vagones del metro, las paredes de las casas ni las propiedades privadas. Lo que pasa es que hay grafiteros muy agresivos que pintan en donde les pillan, y eso a la gente le molesta bastante». Su ética le evitaba problemas, pero también favorecía su imagen y retrasaba el borrado de sus firmas.

Arriba: firma captada por Miguel Trillo en la Casa de Campo en 1987. Abajo: cartel de metro en 1988 con una firma de Muelle y otra del pionero de Carabanchel Bah! escrita con un Kamfort.

